

DE VUELTA A LOS 80

Los Twist

Vivi Tellas

María José Gabín Guillermo Conte

Sumo

Gabriel Grippo

Cristina Civalo

Las Ingámblicas

Gambas al Ajillo

Loc-son

Guillermo Kuitca

Las Bay Biscuits

Balato Barea

Alejandro Urdapilleta

La década de los raros peinados nuevos está otra vez entre nosotros. ¿Qué quedó del under ochentoso treinta años después?

Por Cecilia Conde

Parahullural

Virus

Luca Prodan

Los Redonditos de Ricola

La Long

Bar Einstein



Gumier Maier, Alejandro Urdapilleta y Batato Barea, durante una murga de travestis, en 1985.



La tapa de *El Porteño*. La revista, dirigida por Gabriel Levinas, apareció en 1982.



Luca Prodan tocaba en Hurlingham o se presentaba unplugged en el Café Einstein.



El trío Loc-son en acción.



Procesión papal, una performance del colectivo de artistas La Negra, en plena calle Florida.



Afiches callejeros que anunciaban a Los últimos pintores, en La Zona, 1985.



Gabriel Grippo, con un vestido en denim de su creación.

Gambas al Ajillo.



AGRADECIMIENTOS FOTOS: FUNDACIÓN PROA, ALFREDO PRIOR, FACUNDO DE ZUVIIRA, VIVITELLAS, GUILLERMO CONTE, FERNANDO OPAZO, MARIA JOSE GABIN Y GABRIEL GRIPPO.



El Clú del Claun en el Centro Parakultural.



Izquierda: "Un próximo Buda", 1984. Obra de Juan José Cambre. Izquierda: Su Puesto de Moda, el espacio alquilado por Gabriel Grippo en el Mercado de Retiro.



Izquierda: Las Inalámbricas, el grupo formado por Ana y Cecilia Torrejón, Paula Serrat, Jimena Esteve y Guillermina Rosencratz. Derecha: afiche de El Clú del Claun en el Parakultural.



Cada noche, en *Graduados* (la serie de TV que protagonizan Daniel Hendler y Nancy Dupláa), los personajes tienen su momento de *revival* ochentoso. Viajan al pasado, y muestran el mundo de los pantalones con cintura altísima, los vestidos de lamé y el pelo bicolor. Pero los 80 fueron más que una moda poco sentadora o unos “raros peinados nuevos”: durante esa década y, sobre todo, en ese momento bisagra de la historia —entre la decadencia de la dictadura militar y la vuelta a la democracia—, Buenos Aires tuvo su explosión creativa. A imagen y semejanza de lo que había ocurrido en España con la muerte de Franco, los jóvenes respondieron a años de censura y tragedia con un destape cultural que tomó espacios públicos y privados.

Si de algún modo los 80 se convirtieron en un mito, el presente tiene mucho que ver. Lo que era *under* y *moderno* en ese entonces, treinta años después se convirtió en parte del *mainstream*. Para dar solo un par de ejemplos: Humberto Tortonese sentado en el living de Susana Giménez (algo inimaginable cuando se presentaba en el mítico Centro Parakultural), o la muestra que hasta el mes pasado se podía visitar en la galería El Mirador. Apadrinada por Alfredo Prior, *Mapa y Territorio de los 80* incluyó los mismos artistas que por entonces salían a pintar grafitis o intervenían con pintura de pared un sótano en el medio de una fiesta.

El Parakultural, el Café Einstein, La Zona, Virus, Luca Prodan, las Bay Biscuits, el grupo Loc-son, Gambas al Ajillo... son nombres, grupos y personas de una larga lista de protagonistas que, desde espacios alternativos, fueron los responsables de la gran movida que se dio en el arte, la música, el teatro y la moda... Todo junto y a la vez. Así, un grupo de mujeres disfrazadas de marcianitas hacía su show (y eran abucheadas) minutos antes de

que una banda de rock empezara a tocar; diferentes artistas pintaban paredes en vivo mientras un actor realizaba su *performance*, en una estación de subte, los espacios destinados a la publicidad eran intervenidos con pintura, al mismo tiempo que se celebraba un “casamiento de arte” (que terminó con la policía persiguiendo a cuatro chicas disfrazadas de blancas y radiantes novias).

“Los 80 fueron una gran confusión”. La que lo dice es la directora de teatro Vivi Tellas y lo hace con autoridad: formó parte de las Bay Biscuits, un grupo emblemático de mujeres (en el que también estaba Fabiana Cantilo) que, sin temor al ridículo, se presentaban disfrazadas y ofrecían canciones a aquellos espectadores que quisieran verlas y escucharlas y también a los que no (más de una vez la policía las tuvo que sacar del escenario). Fueron telenovelas de Serú Girán, Los Redonditos de Ricota, y actuaron con Horacio Fontova. “Eramos mujeres en el rock haciendo humor y eso, a veces, era insoportable: nos tiraban monedas, nos querían matar. Nosotras, vestidas de una forma muy ridícula y graciosa pero intolerable, éramos algo provocador y eso nos

“Todos queríamos hacer algo, éramos jóvenes, era nuestro momento en un momento en el que no se podía hacer nada. No es casual que el género que trabajábamos entonces fuera la parodia. No había posibilidad de decir las cosas directamente”.

VIVI TELLAS



Vivi Tellas y Semilla Bucciarelli, bajista de Los Redonditos, antes de salir a escena. Izquierda: Afiche de Las Bay Biscuits anunciadas como teloneras de Miguel Abuelo y Los Redonditos de Ricota.



divertía bastante”, opina la —además— autora de uno de los *hits* de la época, “Cleopatra”, la canción que hicieron famosa Los Twist.

Trabajar en grupo era una constante, no solo en el teatro; había una lógica que cruzaba todas las disciplinas (y que terminaría desmembrándose durante los 90). “Los 80 fueron de mucha inquietud espiritual, que se manifestó en una actitud lúdica y grupal”, comenta el artista plástico Guillermo Conte, uno de los miembros del grupo Loc-son (junto a Rafael Bueno y Majo Okner), referente a la hora de hablar de obras colectivas. “Era como sacarse un chaleco de fuerza compartido por muchísima gente que, a la vez, tenía una misma necesidad”, dice.

“Cosas que hoy pueden resultar ingenuas, en ese momento eran irreverentes. Rompían el molde. Por eso es importante verlo en aquel contexto”.

MARÍA JOSÉ GABIN

Los Loc-son no estaban solos. José Garófalo, por ejemplo, integraba el grupo de experimentación Los Concretos, que solían presentarse cuando Luca Prodan tocaba en el Einstein. A la vez, Rafael Bueno armó un espacio de encuentro en su casa, al que llamó Café Nexor y, más tarde, a unas cuadras y en un sótano, creó La Zona, donde, además, participaban otros artistas como Sergio Avello, Guillermo Kuitca, Alfredo Prior, Osvaldo Monzo o Armando Rearte, que solían pintar en vivo, mientras un músico y su guitarra hacían lo suyo en

un escenario improvisado. “La idea era que se podía contemplar y participar de una manera diferente con la pintura —explica Conte—. Era la utopía de romper la individualidad y que la pintura se transformara en un hecho grupal, con público y compartiendo un escenario con músicos y actores. Era muy divertido para todos.

En los 80, a las artes plásticas les tocó la representación del sentimiento de alegría que produce el volver a actuar”.

Para desmitificar un poco la época, Vivi Tellas tiene su propia lectura: “No sabíamos hacer mucho, tampoco había dónde, pero todos queríamos hacer algo. Eramos jóvenes, era nuestro momento en un momento en el que no se podía hacer nada. No es casual que el género que trabajábamos todos—Batato Barea, Alejandro Urdapilleta, nosotras—fuera la parodia. No había posibilidad de decir las cosas directamente”, cuenta sobre la forma que tenían de procesar la tragedia en ese momento de la historia del país.

Los 80 no pueden tomarse como un todo. Si lo que sucedía los primeros años tenía que ver con la intransigencia y el hacer —sin ocultar la carga dramática de la época—, lo que vino después fue la institucionalización. “Mi primer lugar de *performance* fue el Einstein y ese era un lugar de resistencia —explica Vivi Tellas sobre el famoso café creado por Omar Chabán que funcionó como punto de referencia para el resurgir del rock nacional antes de Cemento—. Con la democracia, cambia mucho. Cuando ya no había contra qué rebelarse, cada uno tuvo que encontrar su propio lenguaje”.

Ese fue el fin para las Bay Biscuits, y Vivi lo resume en una



“Ensalada Rusa”, 1983. Obra de Alfredo Prior y Guillermo Kuitca.

“Creo que a las artes plásticas, en los 80, les tocó ser la representación del sentimiento de alegría que produce el volver a actuar”.

GUILLERMO CONTE

siguieron proliferando. Estaban, por ejemplo, Las Inalámbricas, que se definían como “mujeres sin hilos ni raíces con intención de bregar por el buen gusto, la buena educación y las cosas argentinas”, e irrumpían en eventos con sus *performances*. O las Gambas al Ajillo, aquel equipo delirante que formaron María José Gabin, Verónica Llinás, Laura Markert y Alejandra Flechner. “En ese momento todavía resultaba raro que cuatro mujeres, que trabajaban sin un director, se mostraran sobre el escenario más feas de lo que eran, que aparecieran con enormes penes o fueran monjas con purpurina que se sacaban los hábitos para cantar ‘Qué calor en la ciudad’ –explica María José Gabin–. Cosas que hoy pueden resultar ingenuas, en ese momento eran irreverentes. Pero es importante verlo en aquel contexto”.

Más allá de lo que ocurrió con el teatro (tal vez la disciplina que más transformaciones experimentó), María José hace

anécdota: “Con las BB hacíamos una parodia de los 60 y la conquista americana. Nos calzábamos unas ridículas pelucas rubias y nos disfrazábamos de nubes. Un día, nos invitaron a un programa de TV. Fuimos y, de repente, vemos salir del camarín al elenco estable de bailarinas: eran como nosotras pero ‘de verdad’. Y en ese contexto no éramos graciosas, solo unas chicas que hacían todo mal. Cuando la parodia se encuentra con su origen, deja de tener sentido. Ahí se terminaron las Bay Biscuits”.

Pero los grupos femeninos

un análisis sobre el efecto que tuvo la escena cultural de los 80 sobre la sociedad actual: “Fue un momento muy rico, de mucha creatividad, en que se produjeron cambios que hacen posible que hoy podamos aceptar incluso la ley de matrimonio igualitario. Los gays recién salían del *closet*, las travestis solo podían serlo para el espectáculo, ninguno se sentaba a la mesa de Mirtha Legrand. ¡La ley de divorcio salió en 1987! Los 80 resultan ingenuos en algunos sentidos, pero fue un momento en que nos divertimos mucho. Lo importante es no pasarse de mitologías porque uno queda pegado a un pasado que fue bueno en ese momento. Pero, de verdad, pienso que hoy es mejor”.

María José recopiló todas las anécdotas de la época en un libro: *Las indepilables del Parakultural. Biografía no autorizada de Gambas al Ajillo* (Libros del Rojas). Allí aparecen los personajes, los artistas, los lugares y el entorno en un sinfín de historias recreadas. “Muchas veces me resulta cómico cuando me encuentro con gente que vivió esa época y no se acuerda de nada. Esos años se pasaron en medio de placeres y descontroles. La efervescencia del destape (primo hermano del vivido en España después de la muerte de Franco), la proliferación de lugares para mostrar lo que hacías, la alegría de la creación sin límites, la mezcla de peinados nuevos y de tribus urbanas fue tan intensa, que la época se siente como un todo confuso y alegre”.

Gabin no fue la única que retomó lo sucedido en los 80. Apenas terminada la década, la periodista y escritora Cristina Civalé publicó un libro, *Hijos de mala madre: fragmentos de una generación dudosa*, que recopilaba entrevistas a personajes de la política, las letras, el periodismo y el arte, que habían transitado, como ella, sus veintipico. Allí, Fito Páez, Marcelo Tinelli, Jorge Lanata, Pedro Aznar, Juan Forn, Guillermo Kuitca, Alan Pauls,



Vivi Tellas en pleno show de las Bay Biscuits.



La puerta del Centro Parakultural, semillero de artistas.



Y 20. En La Zona, las obras colaborativas eran una constante.

Vivi Tellas y otros opinaban sobre distintos temas que marcaron la época, como el sida, la Guerra de Malvinas, el fin de la dictadura, el amor. “Para los que nacimos alrededor de los 60 y pasamos la adolescencia durante la dictadura, la llegada de los 80 tuvo aires de liberación—cuenta Civale hoy—. Fueron años felices. Por fin podíamos salir a la calle sin que la cana nos persiguiera, por fin podíamos ir y crear espacios donde inventar o pensar que estábamos inventando nuevos modos expresivos: desde la *performance*, la poesía, la literatura, la moda y las artes visuales. Los que llegamos con 20 años a los 80 estábamos hambrientos de libertad, carenciados de libre expresión. Se juntaron dos cosas muy importantes: por un lado, éramos muy jóvenes y, por otro, teníamos la impunidad y el atropello de una juventud que nos creció rabiosa y contestataria”.

La moda no fue ajena a este espíritu. Casi al final de la década, en mayo del 88, la Primera Bienal de Arte Joven concentró el trabajo de nuevos valores que se expresaban a través de la indumentaria. El arte se mezclaba en las creaciones y surgía el “diseño de autor”, algo impensado hasta entonces. De aquella Bienal salieron nombres como Gabriel Grippo, Sergio de Loof, Gaby Bunader, Andrés Baño, entre otros. “En realidad—explica Grippo—, la primera Bienal afianzó la idea del arte como actividad de vida. Nos abrió puertas a todos, aunque no eran puertas comerciales a esa altura”.

“La década tuvo frescura y nuevos aires de libertad.

La movida española fue justo antes e influyó mucho en estilo y actitud”.

GABRIEL GRIPPO

Después de la Bienal, junto a Bunader, de Loof y Baños, Grippo presentó su colección en Garage Argentino, al año siguiente armó Su Puesto de Moda, en el Mercado de Retiro, donde vendían las prendas al lado de locales que ofrecían

frutas y verduras. La puesta en escena estaba presente todo el tiempo, los desfiles eran casi teatrales, muchos se hacían en la calle o en el Bar Bolivia, espacio creado por Sergio de Loof que se transformó en un punto de encuentro obligado. “Nos manejábamos desde lo intuitivo—detalla Grippo—; la mezcla de disciplinas era natural: una modelo que era videasta filmaba al caminar, una cantante cantaba, todos colaborábamos en una puesta orgánica y escandalosa (me acuerdo cuando al Garage Argentino mandé dos modelos masculinos desnudos para que la gente se fijara solo en los collares que portaban)”.

Para Grippo, que hace casi tres décadas vive en Nueva York, la fascinación actual por aquellos años no es algo exclusivo del país. “En la Argentina, creo que tiene que ver con que las nuevas generaciones que se dedican a la moda surgen de una carrera que nació a fines de los 80, como consecuencia de algo que venía pasando: Diseño de Indumentaria de la UBA. Pero, estéticamente hablando, los 80 han vuelto en todo el mundo, desde H&M hasta Prada, y eso está bueno”. ■



DEL MUSEO AL LIBRO

La mayoría de las fotos que ilustran la nota están incluidas en el libro *Escenas de los 80*, que editó a fin del año pasado la Fundación Proa. En 2003, en coincidencia con el 20° aniversario de la recuperación democrática, Proa presentó una muestra multidisciplinaria (curada por Ana María Battistozzi) sobre los primeros años de aquella década, un análisis de la explosión creativa que transitó el país en ese momento. Ahora, nueve años después, la documentación reunida (fotos, programas de teatro, tapas de discos, afiches, vestuarios, revistas, diarios y recortes de prensa) se convirtió en este libro, imprescindible para entender el clima de la época.